

Publicado el jueves 15 de enero del 2009  
PUNTO DE VISTA

## Una noche en Viena, para todos los gustos

**DANIEL FERNANDEZ**

El Nuevo Herald

La Miami Symphony se encuentra celebrando sus 20 años de fundada por el maestro Manuel Ochoa. En esta temporada tan significativa, esta orquesta netamente miamense con su director musical Eduardo Marturet y su directora ejecutiva, Sofía Ochoa, han aunado esfuerzos para ofrecer al público programas cada vez más atractivos y mejor ejecutados. Como correspondencia a esta dedicación, el público asistente a sus funciones ha ido aumentando considerablemente, como pudo apreciarse en su concierto del domingo pues el Knight Center del Arsht Center del *downtown* estaba casi a tope.

Bajo el atractivo título de *Una noche en Viena (An Evening in Vienna)* se presentó un programa variado que si bien contaba con los famosos valeses, polcas y marchas, iba más allá, ofreciendo buena música para todos los gustos.

[Algo también notable en el desarrollo de esta orquesta es su madurez en el acople, y la creciente excelencia de los ejecutantes en grupo o en solitario, como quedó demostrado en la primera oferta de la noche, la *Obertura de Los Maestro Cantores*, de Wagner, donde los metales, y en especial las trompetas, se destacaron con una pulcritud que le dio a esta bella pieza todo su espectacular esplendor.



Cortesía Ivan Gabaldon / Miami Symphony  
Eduardo Marturet



Francisco Alberto Flores

Luego salió a escena, el joven, pero ya internacionalmente aclamado, trompetista venezolano Francisco Flores, para hacer alarde de virtuosismo en el bello y difícil *Concierto para trompeta y orquesta*, de Alexander Arutunian. Esta obra, entregada con el rítmico *flair* de Marturet fue muy bien acogida por el público.

La segunda parte de la noche comenzó con dos piezas que justificaban el título del concierto, el *Accelerationen Waltz*, de Strauss II, y la *Danza Húngara no. 7*, de Brahms, ambas típicas de dos géneros que suelen identificarse como la esencia de la Viena romántica. El primero fue ejecutado con efectos bien marcados en las dinámicas y los *tempi*, exagerando lo lento y lo rápido para acentuar el efecto final. Lo mismo ocurrió en la característica y palpitante danza.

El *Vals triste*, de Sibelius fue un extraño paréntesis de suavidad y --naturalmente-- tristeza, para luego pasar a una especie de popurrí de temas conocidos que comenzaron con la *Marcha nupcial de Lohengrin*, de Wagner, y que arrancó numerosos aplausos.

El meditabundo *Adagietto*, de *La Arlesiana*, de Bizet, fue otro paréntesis de reposo antes de pasar a la sabrosa *Pizzicato Polka*, de Strauss II, en la que habrían de destacarse las cuerdas que llevan la mejor parte en esta famosa y muy vienesa creación del Rey del vals.

Siguiendo el juego de contrastes, el evocador pasaje *Nimrod* --que fue dedicado por Marturet a la memoria de Ochoa--, para terminar con un elaboradísimo *Danubio azul*, que no podía faltar. Aquí Marturet se dio gusto en acentuar las lentitudes y en las recapitulaciones; pero todos en el público estaban en las nubes. Y tanto, que una larga ovación coronó el animadísimo concierto.

Lógicamente, hubo tres *encores*, *Truenos y relámpagos*, de Strauss, *Danza húngara no 5*, de Brahms, y la pieza que siempre cierra estos espectáculos en Viena, la *Marcha Radetzky*, en la que el público marcó el ritmo con palmas, dirigido desde el podio por un Marturet que desbordaba satisfacción. Realmente la Miami Symphony en su 20 aniversario tiene muchos motivos para celebrar.